

LA INTEGRACIÓN DEL SABER ANTE EL ESPECIALISMO

(publicado en J.M. Caamaño (ed.), *La tecnocracia*, Sal Terrae 2018, 77-94)

Carlos Blanco¹

1. *La unificación del conocimiento científico*

Desde tiempos inmemoriales, la mente humana ha manifestado una intrigante aspiración a unificar lo distinto, a desentrañar la lógica del mundo. Este feliz prejuicio que nos exhorta incansablemente a integrar lo heterogéneo no sólo parece constituir una característica definitoria del espíritu humano, sino que representa uno de los grandes desafíos explicativos de la neurociencia. ¿De dónde dimana este afán inextinguible por unificar, por discernir lazos, por construir puentes, por exhibir un sano inconformismo ante toda divisoria teóricamente invencible?

Sin tomar en consideración la pujanza de este deseo resulta imposible entender los grandes progresos que hemos realizado en la ciencia y en el pensamiento. La adquisición de nuevos conocimientos representa, de hecho, uno de los grandes triunfos del género humano. Comporta la posibilidad de conquistar nuevas verdades en la comprensión de la naturaleza y de nuestro propio ser, lo que nos confiere un poder desmedido sobre el mundo y una capacidad sumamente enaltecida: la de entender nuestra propia posición en el seno del universo.

Hasta hace escasos siglos, sólo unos pocos individuos pudieron consagrarse al cultivo del conocimiento. El avance de las distintas ciencias fue lento, y normalmente dependió de unas pocas figuras brillantes que lograron, por sí solas, inaugurar inusitados horizontes intelectuales cuya exploración proyectó la mente humana a territorios vírgenes del saber. Las hazañas de Copérnico, Galileo, Newton y Pasteur son bien conocidas. En ellas contemplamos manifestaciones excepcionales de creatividad individual, el empeño denodado por buscar la verdad más allá de las tradiciones heredadas y de los prejuicios latentes.

En la actualidad, por fortuna, una fracción significativa de la población de los países más desarrollados se dedica a la empresa del conocimiento. Esta oportunidad ha permitido aumentar exponencialmente la cantidad de saber acumulado. Se estima, por

¹ Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

ejemplo, que más de ochenta mil personas cuentan con un doctorado en matemáticas². Se trata de una cifra asombrosa. Excede con creces la cantidad total de matemáticos profesionales que trabajaron antes del siglo XX. Además, es posible identificar un número bastante restringido de “linajes matemáticos”, vinculados por compartir relaciones de maestro-discípulo, tal y como ha puesto de relieve el monumental *Mathematics Genealogy Project* que gestiona la Universidad de Dakota del Norte y que hoy almacena información sobre más de doscientos mil investigadores. Así, y pese al extraordinario incremento de matemáticos profesionales, una mayoría se halla ligada intelectualmente a los grandes artífices de la matemática moderna, como Leibniz, Euler y Gauss.

Si a todo lo anterior añadimos la asombrosa facilidad con la que hoy es posible compartir los conocimientos y fomentar la cooperación entre individuos e instituciones, no es de extrañar que asistamos a una auténtica explosión de información, sobre todo en el terreno de las ciencias naturales. Lógicamente, mayor cantidad de conocimiento no se traduce siempre en un incremento de la calidad de la información disponible. Los descubrimientos verdaderamente revolucionarios, los auténticos cambios de paradigma, no son frecuentes en la historia de la ciencia. Sin embargo, la facilidad que hoy posee la mente humana para resolver problemas cuya envergadura había derrotado a los mayores genios (pensemos en la demostración del famoso teorema de Fermat, proeza obrada por Andrew Wiles) sugiere que contamos con un poder casi inagotable para trascender muchos de los límites cognoscitivos que habían sellado las fronteras de nuestra comprensión.

Un crecimiento tan importante del conocimiento está llamado a inspirar una reflexión profunda sobre el problema de la integración del saber. Enriquecer aún más nuestro admirable acervo científico no impide discernir nexos entre los diferentes conocimientos y fomentar un trabajo interdisciplinar. La magnitud de muchos de los desafíos intelectuales y sociales exige, precisamente, auspiciar una labor unificadora en la que participen especialistas de ámbitos heterogéneos e imbuidos de vocación sintética.

Es en este punto donde el potencial de la filosofía resplandece con mayor vigor. En efecto, junto al ímpetu analítico que suele definir la labor de las ciencias naturales, parece necesario articular estrategias sintetizadoras que permitan traspasar las fronteras -muchas veces demasiado rígidas- trazadas entre parcelas del saber que en realidad se encuentran inextricablemente unidas, y cuya división obedece sólo a motivos prácticos.

¿Qué puede, por tanto, aportar la filosofía a esta progresión incontenible de información, en lo cuantitativo y en lo cualitativo? Uno de los problemas más acuciantes del conocimiento estriba en la dificultad de vislumbrar los nexos conceptuales entre los diferentes campos, sobre todo cuando nos esforzamos en relacionar las ciencias naturales con las ciencias humanas. Sabemos mucho de muchas

² Cf. J.-P. Bourguignon, “Mathematicians in France and in the world”, *L’Explosion des Mathématiques*, 92-97, SMF 2002.

áreas, pero no siempre sabemos cómo integrar los hallazgos de las diferentes disciplinas. Esta fragmentación excesiva en ocasiones aboca a la incomunicación, a la imposibilidad de compartir descubrimientos y desarrollos teóricos que podrían beneficiar inconmensurablemente a determinadas ramas del saber.

La filosofía puede contribuir a esclarecer los grandes vínculos conceptuales que hilvanan el vasto universo del conocimiento humano. Mediante la identificación de las categorías fundamentales que vertebran las diferentes ciencias, la filosofía no sólo puede dotar de solidez epistemológica a importantes desarrollos científicos, sino que -en un plano especialmente significativo para la comprensión que el hombre tiene de sí mismo- puede elucidar el tránsito hacia niveles de complejidad crecientes, tanto en la naturaleza inanimada como en el ámbito de la vida y del obrar humano.

Y, en efecto, cuando contemplamos el universo, nos percatamos de la presencia de entidades diversas, pero siempre conectadas por profundos lazos y características convergentes. En palabras de Keynes, “el alcance de la variedad en el universo está limitado de tal forma que no existe un objeto tan complejo que sus cualidades caigan en un número infinito de grupos independientes”³. Se trata, ciertamente, de un postulado; apriorístico, sí, pero enormemente fecundo. Nadie conoce su límite, y cabe preguntarse qué ocurriría si la mente humana se viera forzada a admitir una frontera infranqueable entre una parcela de la realidad y otra. ¿Cómo la conocería? ¿No consiste el conocimiento, después de todo, en una extensión gradual de los resultados obtenidos en ámbitos más simples hasta cubrir terrenos más complejos? Por supuesto, en numerosas ocasiones se hace necesario incorporar nuevas categorías, inéditos principios explicativos, pero siempre sobre la base de una unidad última latente entre los diferentes campos.

El postulado de la unidad de la realidad nos conduce entonces al postulado de la unidad del conocimiento. Si no puedo concebir una provincia de lo real totalmente enajenada de esta sublime cadena causal, si no puedo escindir absolutamente la naturaleza, tampoco puedo fragmentar radicalmente el saber. En consecuencia, las divisiones responderán al mero pragmatismo. Dado que es imposible para una sola persona dominar todas las ramas del saber, es imprescindible establecer distinciones entre las ciencias y confiar en que la cooperación intelectual permita suplir las lagunas y derruir los muros.

A nuestro juicio, la complejidad del mundo no impide discernir principios fundamentales que vinculen las distintas ramas del saber. En particular, la ciencia moderna ha conseguido articular tres grandes marcos teóricos en su tentativa por explicar el funcionamiento de la naturaleza: la física -en sus versiones cuántica y relativista-, la biología evolutiva y la neurociencia⁴.

³ *A Treatise on Probability*, Macmillan, Londres 1921, 258.

⁴ En “The Integration of Knowledge” (*Cadmus*, 2(6), 111-117) he reflexionado con mayor detenimiento sobre la integración de estos tres grandes marcos teóricos desde unas categorías fundamentales (principios

La física condensa la estructura y el funcionamiento del universo en una cantidad exigua de ecuaciones. Resulta fascinante pensar en la ingente información sintetizada en fórmulas como la ecuación de Schrödinger y la ecuación de campo de Einstein. Esta ciencia aún no ha logrado unificar todos sus conocimientos en una perspectiva enteramente unitaria, aunque los avances han sido firmes. A día de hoy, poseemos dos modelos básicos para comprender la materia: la mecánica cuántica y la teoría de la relatividad general. Parten de concepciones distintas de la fuerza, pero no es utópico soñar con una integración futura de estos dos grandes paradigmas físicos.

Lo cierto es que el siglo XX, con el desarrollo de la mecánica cuántica y de la teoría de la relatividad (especial y general), ha asistido a una extraordinaria expansión del poder unificador de la mente humana. Gracias a someter nociones tan aparentemente inofensivas como las de espacio, tiempo, simultaneidad y medida a un cuestionamiento tan profundo como fértil, ha protagonizado algunos de los adelantos científicos más relevantes de los últimos siglos. Desarrollos alumbrados en la esfera del razonamiento puro han propiciado espectaculares descubrimientos empíricos. Por ejemplo, hoy contamos con herramientas teóricas enormemente poderosas que han predicho la existencia de nuevas partículas subatómicas y de ondas gravitacionales.

En el campo de la biología, tres grandes marcos teóricos permiten integrar la mayor parte de nuestros conocimientos sobre la estructura y el funcionamiento de los seres vivos. Gracias a la teoría celular, la teoría de la evolución y la genética (hoy complementada con el avance de la epigenética), es posible perfilar una visión unificadora del origen y desarrollo de los organismos vivos. La teoría de la evolución brilla con una luz especial, porque nos permite comprender cómo lo complejo ha surgido desde lo simple; cómo estructuras cada vez más sofisticadas han eclosionado en un contexto de búsqueda de la mayor eficiencia adaptativa posible. Conectar lo complejo con lo simple constituye uno de los principales éxitos de la biología moderna. Desenredar el sutil hilo de Ariadna que remite a las formas vivientes más elementales, a los seres unicelulares que despuntaron sobre la faz de la Tierra hace unos 3,600 millones de años, ha propiciado que, en los últimos doscientos años, la cantidad y la calidad de nuestros conocimientos biológicos haya superado todo lo aprendido en los milenios anteriores.

La neurociencia se propone elaborar una teoría científica de la mente, donde lo complejo se sustente sobre lo simple. Este intento unificador está destinado a integrar los conocimientos que atesoramos sobre los distintos niveles estructurales y funcionales del sistema nervioso. Orientativamente, podría interpretarse como el sueño de ascender desde la molécula hasta el pensamiento, desde las sencillas bases neurofisiológicas del cerebro hasta la más elevada y subyugante de las cumbres coronadas por una especie biológica. Contemplamos, de hecho, cómo existe una cadena causal bastante nítida entre los niveles molecular, celular y sináptico en que operan los componentes fundamentales del cerebro. Las neuronas, por su parte, se asocian en redes, y la conectividad de largo

de conservación en física, combinación de factores variacionales y selectivos en biología y estrategias unificadoras de la mente en neurociencia).

alcance de las células nerviosas permite distribuir eficientemente la información a lo largo y ancho de las distintas áreas cerebrales. La constante interacción con un ambiente que no cesa de cambiar y de suscitar nuevas adaptaciones en el cerebro –gracias a su enorme plasticidad- acrisola uno de los instrumentos más importantes que poseemos para adquirir nuevos conocimientos. El aprendizaje, la asimilación de nueva información, se traduce en la generación de nuevas sinapsis, donde la dotación genética del individuo (clave configurativa de su arquitectura neuronal) se nutre de las transformaciones epigenéticas inducidas por el ambiente.

La comprensión de la mente humana puede abrir la puerta a la unificación de las humanidades. La neurociencia se yergue así como el puente entre las ciencias naturales y las ciencias humanas, porque toda creación cultural es siempre un producto de la mente individual, modulada por las otras mentes y por las demandas ambientales. La célebre parcelación del saber y de la actividad intelectual en dos culturas, sobre la que alertó Charles Percy Snow en 1959⁵, no es irreversible. La neurociencia construye sólidos puentes para integrar los resultados de la física, la química y la biología con los conocimientos reunidos por las disciplinas sociales y humanísticas. La síntesis de genética y epigenética neuronal ha proporcionado, por ejemplo, una visión cada vez más profunda sobre cómo lo heredado y lo adquirido se funden en el procesamiento cerebral de la información⁶.

La pirámide del conocimiento humano ya no se alza como una representación ilusoria, como un vano anhelo unificador de ámbitos intrínsecamente heterogéneos e irreconciliables. Sobre la base cuidadosamente cimentada por la física, la química y la neurociencia se superponen mastabas cognitivas que cubren una menor extensión de objetos, en una estructura escalonada que conduce desde las ciencias naturales hasta el estudio del mundo humano. La famosa arenga pronunciada por el matemático alemán Hilbert, “*Wir sollen wissen; wir werden wissen*” (“Debemos saber; sabremos”), se convierte así en una posibilidad cada vez menos utópica.

Por supuesto, este progreso no disipa por completo las sombras que aún se ciernen sobre el poder explicativo de la mente humana. Ignoramos qué papel desempeñan exactamente la lógica y las matemáticas en esta fastuosa pirámide de las ciencias: ¿hemos de ubicarlas en la base, por debajo de la física y de la química, o más bien debemos considerarlas creaciones de la mente humana, productos eximios de la subjetividad, de la imaginación? Sin lógica sería imposible articular un discurso científico; sin matemáticas sería inviable describir adecuadamente el funcionamiento de los objetos materiales, regidos por leyes que imprimen una precisión admirable en su comportamiento espacio-temporal. Lo más probable es que la lógica (y la matemática como una de las posibilidades deparadas por esa síntesis de lógica e imaginación impulsora de los grandes desarrollos aritméticos y geométricos desde las primeras civilizaciones) responda a la captación mental de los patrones predominantes en la naturaleza. Sólo los seres dotados de un sistema nervioso lo suficientemente

⁵ Cf. C.P. Snow, *The two cultures and the scientific revolution: The Rede Lecture*, 1959.

⁶ Cf. R. Holliday, “Epigenetics: a historical overview”, *Epigenetics*, 1/2 (2006), 76-80.

evolucionado podrían percatarse de principios como los de identidad y no-contradicción, sostenes fundamentales del razonamiento lógico. Cómo el cerebro logra ordenar experiencias disímiles que comparten, sin embargo, ejes vertebradores comunes quizás subyazca a este proceso.

Resulta tentador percibir un principio unificador fundamental en la larga trama que abarca la física, la biología y la neurociencia. Si la física descubre principios universales de conservación (conservación de la energía, del momento lineal, del momento angular...), la biología discierne un principio de optimización en el concepto de selección natural (que puede valorarse como un algoritmo natural para maximizar la eficiencia reproductiva) y la neurociencia unas reglas de integración de la información que, en último término, probablemente puedan entenderse como nuevas manifestaciones de una búsqueda básica de eficiencia energética. Se trataría de una especie de “*minimax*” cósmico, donde la naturaleza intentaría encontrar estados estacionarios (máximos o mínimos) de su acción. Sin embargo, nos arriesgamos a sucumbir a generalizaciones metafísicas difícilmente falsables o sencillamente incorrectas, aunque es inevitable distinguir leyes potencialmente universales que conectan las grandes esferas de la actividad de la materia, minuciosamente escrutadas por la razón. En cualquier caso, si la naturaleza conforma una unidad, es esperable hallar principios unificadores que no sean exclusivos de un dominio particular de la realidad, sino que gobiernen todos los ámbitos a los que accede el conocimiento humano.

La mente integra percepciones de modalidades distintas, filtradas por su aparato interno (por su “racionalidad”). Esta captación unitaria de la realidad, reminiscente del concepto kantiano de unidad de la apercepción en el *ich denke*, favorece la inserción de la naturaleza en un conjunto de patrones lógicos. Ciertamente, el grado de unidad que aprehende la mente humana es discutible. Numerosas parcelas de la realidad están vedadas a nuestros sentidos, pero gracias a una combinación de reflexión, ingenio y desarrollo tecnológico hemos conseguido sondear territorios inasequibles a nuestro precario sistema sensorial. Yace aquí uno de los progresos más extraordinarios de la evolución, tanto biológica como cultural, y es en el conocimiento humano objetivo, plasmado de manera preeminente en el método científico, donde apreciamos la pujanza de ese poder unificador.

Desde esta perspectiva, conocer consiste en integrar lo diferente sobre la base de unas relaciones compartidas (los presocráticos vislumbraron con clarividencia este fenómeno a través de su noción de *legein*). Como es bien sabido, el *Homo sapiens* exhibe un alto nivel de percepción de patrones y generalidades. Su combinación en formas potencialmente infinitas, su asociación forzada o azarosa, multiplica incalculablemente el poder de la imaginación. Gracias a este refinado mecanismo de asimilación de patrones extraídos de la realidad, ganamos independencia con respecto al estímulo concreto y elaboramos construcciones racionales cada vez más sofisticadas.

Unificar el conocimiento no implica eliminar cualquier trazo de contingencia, ni despojar a los distintos niveles organizativos de su complejidad inherente. Además, la

propia ciencia ha descubierto límites fundamentales para el conocimiento humano, como los que cristalizan en el principio de incertidumbre de Heisenberg y en los teoremas de incompletitud de Gödel. Quizás se eleven barreras que la mente jamás pueda rebasar, pero siempre deberemos mostrar cautela ante quienes se apresuran a señalar una frontera infranqueable tan pronto como emerge la mínima dificultad teórica. Regocijarse en lo misterioso e inexplicable no contribuye al avance de la humanidad. Tan importante como reconocer los límites de la mente y del conocimiento es afanarse en trascenderlos.

2. Lo analítico, lo sintético y los grandes desafíos de la humanidad

La lógica de la eficiencia ha generado frutos sobresalientes para el progreso humano. Muchos de los grandes problemas que ha afrontado nuestra especie no habrían sido solventados sin el desarrollo de una adecuada estrategia analítica, destinada a identificar las partes constitutivas de un determinado sistema para, mediante su oportuna división, simplificarlo y despejar paulatinamente las incógnitas que nos interpelan.

En el terreno práctico, la eficiencia se traduce en técnica, en la capacidad que ostenta la mente humana para descomponer el todo en sus elementos básicos y diseñar mecanismos viables que satisfagan una serie de demandas sociales. La eficiencia, como expresión privilegiada de la economía del pensamiento y de la acción, se reviste entonces de universalidad, dado que trasciende los juicios valorativos y se contenta con proponer los itinerarios más sencillos para alcanzar unos fines definidos de la manera más nítida posible. No es de extrañar que todas las culturas, por heterogéneas que se nos antojen, por dispares que se revelen en sus concepciones del cosmos y del existir, hayan adoptado gradualmente ciertas manifestaciones técnicas inventadas por otros grupos humanos.

Sin embargo, los retos de nuestro mundo son lo suficientemente complejos como para exigir una armonización de dos métodos: el analítico y el sintético. No podemos limitarnos a fragmentar la realidad, a descomponer el problema, a ganar en cotas de eficiencia, si en verdad buscamos dar respuesta a los más profundos desafíos que hoy encara el hombre.

La técnica se afana en excluir los juicios valorativos para no ceder ante subjetividades y arbitrariedades. Se conforma con investigar los procedimientos óptimos para cumplir un objetivo, el medio que conduce de modo más directo, eficiente y simplificado a un fin. Constituye así un ejemplo preclaro de racionalidad, porque

minimiza los presupuestos de partida y únicamente ambiciona producir más con la menor inversión de energía. Con todo, ¿necesariamente converge el concepto de racionalidad con el de eficiencia analítica? ¿Es el gobierno de la técnica la única forma de maximizar el rendimiento de las sociedades, su función de utilidad, comprendida desde los estrechos cánones de una mentalidad puramente analítica? ¿Es posible explorar otras formas de racionalidad que, además de favorecer el análisis, la división y la eficiencia, se hallen orientadas a la síntesis, a la unificación, a la recomposición que no disgrega el todo en sus partes, sino que contempla la totalidad en sí misma y se compromete también con algunos juicios valorativos probablemente insoslayables?

Entre estos desafíos globales que, a nuestro juicio, exhortan a complementar sabiamente estrategias analíticas y sintéticas, algunos gozan de una importancia singular.

Por ejemplo, urge elaborar una nueva teoría económica. Puede resultar utópico o cuanto menos pretencioso, pero la experiencia demuestra que la economía, en su afán por asumir una metodología equiparable a la de las ciencias naturales, muchas veces se ha refugiado en presupuestos poco realistas, incapaces de explicar la riqueza del comportamiento humano. El esmero en distinguir lo descriptivo de lo normativo, mediante la confección de sofisticados modelos matemáticos (émulos de las teorías físicas y químicas), ha desembocado con frecuencia en un olvido injustificable de problemas éticos y sociales. Si bien es cierto que, en tiempos recientes, muchos economistas han abordado graves desafíos sociales, como el hambre, la pobreza, la creciente desigualdad, las inocultables asimetrías de poder entre los individuos (generadoras de tantos males y conflictos), la degradación medioambiental, el consumo energético o el cambio climático, los modelos económicos más extendidos y “ortodoxos” muchas veces parten de asunciones básicas demasiado simplificadoras. Por lo general, ignoran las más hondas aspiraciones humanas y se atrincheran en la asepsia valorativa para evitar pronunciarse sobre acuciantes retos sociales.

Cabe esperar, por fortuna, que la neurociencia nos proporcione un conocimiento cada vez más profundo de la acción humana y de la irracionalidad que, junto a la racionalidad, caracteriza la actividad económica del ser humano. Una hipotética explicación neurobiológica de la mente no conllevaría agotar todos los detalles específicos de la conciencia. Cada individuo es moldeado por su dotación genética y por el ambiente, pero se crea continuamente a sí mismo en esta interacción con lo externo y lo interno. En el plano colectivo, es imposible erradicar las insoslayables contingencias que tejen la trama histórica de nuestra especie. Sin embargo, podemos esforzarnos en entender las constantes humanas que permean tiempos y espacios, los ejes fundamentales de la acción, así como los niveles de conocimiento alcanzados por las distintas civilizaciones.

En cualquier caso, construir una teoría económica más integradora y realista exige la cooperación de científicos, economistas, historiadores, filósofos, sociólogos, politólogos... Cuanto más complejo es el objeto de estudio, más patente se hace la

necesidad de incorporar una perspectiva no sólo interdisciplinar, no sólo basada en la yuxtaposición de marcos y modelos de pensamiento, sino intrínsecamente sintética, esto es, comprometida desde el principio con la identificación de los ejes comunes de la acción humana para edificar una teoría que gane en extensión e intensidad conceptuales.

Este anhelo integrador podría, ciertamente, expandirse. Las ciencias sociales han acumulado importantes conocimientos en las últimas décadas, pero muchas veces se encuentran diseminados, y es difícil extraer conclusiones no sólo universales, sino útiles para la acción, cuando carecemos de un marco teórico más sintético. Estamos acostumbrados a analizar, por un lado, la economía, por otro, la sociología, por otro, la política, por otro, los desarrollos históricos, por otro, la ética...; pero todo remite a la acción humana, al cerebro humano, a la interacción de mentes en un contexto social concreto. Por osado que parezca sugerirlo, necesitamos un nuevo Marx, una nueva mente integradora que unifique las ciencias sociales. Marx nos proporcionó principios fundamentales para el análisis social de los que es prácticamente imposible desprenderse. Pero al igual que después de Newton llegaron Maxwell, Planck y Einstein, o tras Darwin, Mendel, no podemos conformarnos con el nivel de análisis desvelado por el gran pensador de Tréveris; menos aún por algunos de sus presupuestos más distorsionadores, como el determinismo.

La investigación teórica ha de estar siempre dispuesta a avanzar, y debe incorporar continuamente nuevos conceptos para alcanzar una comprensión más profunda del obrar humano. Sin embargo, esta constatación no impide albergar la esperanza de que surjan nuevas tentativas integradoras, nuevas síntesis de los conocimientos sociales y humanísticos que también se atrevan a orientar, con humildad y conciencia de sus límites, la acción individual y colectiva de la humanidad. Pues ¿qué hacer ante tanto dolor, tanto sufrimiento y tanta injusticia? Si de una filosofía o una ciencia no podemos obtener indicaciones sobre cómo aliviar el sufrimiento humano, exiguo será su valor.

Otro de los grandes retos a los que se enfrenta nuestra social globalizada estriba en la búsqueda de una ética universal. Un mundo cada vez más interconectado no ha sido capaz de armonizar convenientemente la unidad y la diversidad. Asistimos a una preocupante división entre grupos humanos, entre religiones, entre naciones... La Declaración Universal de los Derechos Humanos condensa uno de los frutos más nobles y hermosos de la epopeya ética de la humanidad, una cúspide en la autoconciencia de nuestra especie, pero a sus constantes violaciones hemos de sumar la propensión a la fragmentación, al individualismo y al tribalismo que presenciamos en determinados escenarios políticos y sociales. Afanarse en construir una ética universal no significa anular las legítimas diferencias, las sanas aspiraciones individuales y grupales -que no tienen por qué coincidir con los deseos de otras comunidades-, sino identificar un mínimo común denominador, un marco apto para integrar sensibilidades distintas desde la óptica de los derechos y deberes compartidos.

De nuevo, la neurociencia ofrece una de las claves más relevantes para formular una ética universal. El estudio del cerebro pone de relieve cómo, más allá de las diferencias producidas por las dotaciones genéticas particulares y por los ambientes sociales específicos en que se desenvuelve el sujeto, existen patrones comunes, un universal neurobiológico que nos permite hablar de la humanidad por encima de los individuos⁷. Sin embargo, ardores egoístas y voluntades no vedadas de subrayar las diferencias antes que las convergencias nos abocan a un mundo fragmentado, a un mosaico no terminado, a una miscelánea de retratos de lo humano que, en ocasiones, colisionan frontalmente y desencadenan nuevos conflictos.

La patria común es la humanidad, y la búsqueda de una ética cosmopolita que no sacrifique la unidad en aras de la exacerbación de lo distinto, lejos de evocar una utópica y desacreditada aspiración, simboliza una posibilidad real. Trabajar por un mundo más justo, unido y fraterno es un sueño viable y necesario, pero para lograrlo es imprescindible fomentar tanto la cooperación entre diversas disciplinas interesadas en la acción humana como un enfoque valerosamente interdisciplinar. En él, muchos conocimientos hoy dispersos se integrarán para comprender de forma más cabal la acción humana, la mente humana, los deseos humanos...: la condición humana y, más aún, las oportunidades deparadas a nuestra especie para perfeccionarse incesantemente y conquistar nuevas cimas éticas y sapienciales.

En este elenco no exhaustivo de desafíos globales no podemos excluir la lucha contra el fanatismo.

Paradójicamente, en un mundo bendecido con un grado incomparable de libertad intelectual y de efervescencia creadora observamos una inquietante proliferación de fanatismos religiosos e ideológicos. Los fanatismos se arrogan la posesión única de la verdad. En lugar de invitar al hombre a buscar, a progresar, a investigar y contrastar críticamente sus ideas, se blindan en posiciones irreformables y cortan de raíz cualquier posibilidad de mejora y crecimiento intelectual. Quien osa alzar la voz contra sus equívocos conceptuales es tachado de hereje y de irreconciliable enemigo. Todo se contempla desde la pequeña y asfixiante óptica de unos presupuestos iniciales que, enroscados en categorías inalterables e incuestionables, se sacralizan con un halo profético, mistificados por sus seguidores como expresiones de la verdad en su más pura y límpida esencia.

Los fanatismos religiosos e ideológicos sólo pueden combatirse a través de la razón. Sólo la razón humana exhibe un mecanismo de criba, autocorrección y progreso lo suficientemente poderoso como para poner de relieve las falacias y errores en que incurren los sistemas totalizadores del pensamiento, tanto en lo ideológico como en lo religioso. Los valiosos ideales sembrados por la Ilustración no se han marchitado. El ímpetu racional de la ciencia y del pensamiento no puede extinguirse, y aunque en ocasiones parezca que los fanatismos triunfan y consiguen ofuscar a incontables individuos, para oscurecer el pensamiento humano, sus victorias son siempre efímeras.

⁷ Cf. J.-P. Changeux, *L'homme de vérité*, Odile Jacob, París 2002, 59.

Quien asegura detentar hegemonicamente una verdad concreta, pero se muestra incapaz de ofrecer pruebas que validen sus pretensiones, se enfrenta, tarde o temprano, al descrédito y la incredulidad.

La filosofía, como síntesis por antonomasia de saberes, como una de las expresiones más elevadas de la elasticidad del pensamiento humano y de su poder para reflexionar desde distintos sistemas conceptuales, puede y debe liderar esta alianza de la razón en sus diversas manifestaciones contra la abdicación de la razón. Pero, de nuevo, lo analítico no basta. Detenerse en los detalles es importante, mas urge desarrollar una perspectiva más global y unificadora que se afane en comprender la génesis de los fanatismos y la posibilidad de superarlos. Esta honrosa tarea ha de ayudarnos a comprender en profundidad las motivaciones humanas, las fuentes de atávicos temores, frustraciones y odios, para así tomar conciencia de los límites y contradicciones que afectan a todos nuestros sistemas de pensamiento.

El fanatismo dimana de la incapacidad de reconocer los propios presupuestos y sus imperfecciones. Sólo si nos convencemos de que no existe un sistema conceptual perfecto, nos embarcaremos en una búsqueda perenne del saber, meta a la que tiende infatigablemente el pensamiento humano. La apertura de la mente, la exposición a nuevas experiencias y aprendizajes, la advertencia lúcida de que nuestros conceptos siempre flaquearán ante la complejidad del mundo y la exuberancia de la creatividad humana, han de infundirnos un espíritu tolerante que, sin claudicar ante la búsqueda de una verdad concebida como el límite asintótico entre nuestras elaboraciones conceptuales y los objetos que tratan de explicar, se comprometa con un cuestionamiento continuo y una investigación incesante.

